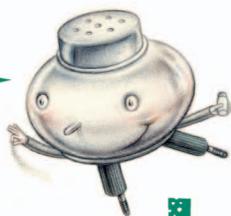


Ana Alonso

El diario de Cristina

Ilustraciones
de Jordi Vila Delclòs

ANAYA



PIZCA DE SAL

1.ª edición: marzo 2012

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2012
© De las ilustraciones: Jordi, Vila Delclòs, 2012
© De las fotografías de cubierta: Getty Images
© De las fotografías de las fichas: Archivo Anaya
(Lezama, D.; Martin, J.)
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2012
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
www.anayapizcadesal.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:
Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano
y Patricia Gómez

ISBN: 978-84-667-2948-8
Depósito legal: M. 4078/2012
Impreso en Anzos, S. L.
28942 Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

El diario de Cristina

Ilustraciones
de Jordi Vila Delclòs



ANAYA

CAPÍTULO 1

El ruido de la ducha despertó a Raquel: un rumor de agua cercana martilleando los azulejos, que no se parecía en nada al sonido del cuarto de baño de casa...

Tardó un par de segundos en recordar que no estaba en su casa de Sevilla. Aquello era un hotel, un hotel de Barcelona. Compartía la habitación con Eva, su hermana gemela. Ella era la que se estaba duchando, seguro... Eva siempre se le adelantaba en todo: se levantaba antes, terminaba antes los deberes, se enteraba antes de todas las noticias y abría antes la nevera para elegir el yogur del postre. Incluso había nacido cinco minutos antes... Aunque eso, en opinión de Raquel, no suponía ninguna ventaja.

El caso era que no podía seguir durmiendo con aquel ruido infernal de la ducha. Frotándose los ojos, se sentó en la cama y miró hacia la puerta negra de la derecha, que comunicaba con la habitación de sus padres. Seguro que ellos aún no se habían levantado.



Entonces vio el paquete. Era un pequeño rectángulo forrado de papel de seda, con una ancha cinta de raso dorado atada en forma de lazo. Un regalo...

¡Claro, un regalo! Solo en ese instante, Raquel recordó que ese era el día de su cumpleaños.

Iba a levantarse para examinar el paquete más de cerca, cuando se oyeron tres tímidos golpes en la puerta negra.

—¿Puedo entrar?

Era la voz de su madre, Carmen. Y, antes de que Raquel pudiera responder, la puerta se abrió sigilosamente, y la propia Carmen apareció en el umbral.

Todavía llevaba puesto el pijama, y tenía cara de sueño, pero en sus labios se dibujaba una gran sonrisa.

—Eva, hija, felicidades... ¿Dónde está tu hermana?

—Eva está en la ducha. Yo soy Raquel... ¿Cómo es posible que todavía nos confundas, mamá? Por favor, que ya somos mayores...

—Perdona, es que todavía no me he puesto las lentillas —replicó Carmen yendo directamente hacia su hija y envolviéndola en un gran abrazo—. Además, estoy acostumbrada a distinguiros por la ropa, y cuando os veo en pijama me despisto... ¿Cómo estás, hija? ¿Qué se siente cumpliendo un año más de vida?

Raquel dejó que su madre le acariciara el largo pelo castaño antes de contestar.

—La verdad es que me siento como siempre. Aunque este año va a ser un poco distinto. Es el primer cumpleaños que pasamos fuera de casa.

—Sí. ¿A que ha sido buena idea aprovechar para hacer una escapadita? Barcelona os encantará, ya lo veréis. La última vez que vinimos fue hace dos años, pero claro, entonces erais más pequeñas, y muchas cosas se os habrán olvidado.

—¿Cuándo llega el abuelo?

Carmen consultó su reloj de pulsera.

—Su vuelo debe de estar a punto de llegar. Me costó convencerle de que adelantara un día su regreso de Londres. ¡Cómo es mi padre! Nunca cambiará.

—¿No quería volver un día antes? ¿Ni siquiera por nuestro cumpleaños?

—¿Tú crees que tu abuelo se acuerda de los cumpleaños? —Carmen emitió una risilla, aunque el brillo de sus ojos era de tristeza—. Desde que murió la abuela, no ha vuelto a felicitar me por el mío. Ya sabes, él está en sus cosas...

—Sí, ya. Conferencias y todo eso. —Raquel miró con aire ausente hacia la ventana, donde se recortaba un gran rectángulo de cielo y mar—. ¿No piensa jubilarse nunca?

—Le gusta demasiado su trabajo. —Carmen suspiró, luego se levantó y golpeó con los nudillos en la puerta cerrada del baño—. ¡Eva, soy mamá! Venga, sal, que quiero daros vuestro regalo...



Eso hizo que Raquel se acordase de repente del paquete que había visto al despertar. Seguía allí, en el escritorio... Ni el delicado papel ni la cinta de raso dorado parecían el típico envoltorio de una tienda.

—¿Es ese el regalo? —preguntó, señalando el objeto—. Un poco pequeño, para las dos...

—¿Ese? Ah, no, eso llegó el otro día por correo. Tu padre lo recogió al venir del trabajo, pero ponía que era un regalo de cumpleaños para vosotras, así que no quiso deciros nada para no estropear la sorpresa.

—¿Quién lo envía? ¿Alguien del colegio?

—No —dijo Carmen—. Parece que es una pariente nuestra a la que yo no conocía. Aunque el abuelo sí...

En ese momento se abrió la puerta del baño y apareció Eva con los pies descalzos, el albornoz puesto y el pelo chorreando.



—¿He oído «regalo»? —dijo—. Venga, vamos a verlo. No será «eso»...

Su dedo apuntaba acusadoramente al pequeño paquete del escritorio.

—No, no, vuestros regalos están en la habitación. Pero Eva, hija mía, ni siquiera me has dejado felicitarte...

—Sí, sí. Gracias, mamá, de verdad, muchas gracias, pero vamos a lo que importa. Habrá algo más, supongo...

Carmen suspiró.

—Siempre directa al grano. Está bien, ya podéis pasar a nuestra habitación. Los regalos están encima de la cama, papá los ha estado colocando.

—Pues venga, ¿a qué esperamos?

Sin perder el tiempo buscando sus zapatillas, Eva pasó como un rayo a la habitación de sus padres. Carmen arqueó las cejas mirando a Raquel, y luego siguió a Eva con una sonrisa.

Raquel respiró hondo. Como siempre, Eva se le había adelantado...

Pero no tenía ganas de correr detrás de ella, así que se puso con calma las zapatillas, se anudó el pelo en una coleta y, después de recoger con cuidado el paquete del escritorio, pasó tranquilamente a la otra habitación.

